



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

¿Quién es Jesús?

*(Inspiradas en la obra de Heinz Schürmann
“El Destino de Jesús, Su vida y su muerte”).*

S.M.I. Catedral de La Habana
5 de marzo de 2008.

Cuarta Catequesis

Jesús: su muerte.

Es cristiano aquel que cree en Cristo, pero es claro que esta sencilla afirmación necesita algunas precisiones. Hemos visto en las catequesis anteriores quién es Jesús y lo hemos descubierto como el Hijo del Abba, del Padre, hemos visto que Jesús trae el Reino de Dios, que El mismo es el reinado de Dios ya inaugurado, comenzado. Que para establecer ese Reino El trae el amor, no sólo como modelo que debemos seguir para amarnos unos a otros en nuestras relaciones interpersonales, sino como eje central de la historia, es un amor a Dios y al prójimo que debe centrar la mirada de nuestro corazón. Es decir, a la pregunta que nos hicimos al comienzo de la catequesis, ¿Quién es Jesús?, respondemos que El es el Hijo amado del Padre, que El es el Reino de Dios en medio de nosotros, que El es el amor encarnado. Ahora bien, ¿podemos confesar nuestra fe en Jesús que al traernos su Reino y su amor nos trae la salvación y se hace nuestro redentor, sin mencionar su muerte salvadora? ¿Puede la muerte de Jesús decirnos más claramente quién es Jesús? ¿Pudo entender Jesús que su muerte tenía importancia salvífica, es decir, que era un medio para nuestra salvación? Recordemos que Jesús estaba consciente de que El era el enviado del Padre, esa última oportunidad que el Padre daba a los hombres para que llegara a ellos el Reino de Dios, El no era el último profeta como el Bautista, sino el que traía ya la salvación y la hacía presente en medio de los hombres por medio del perdón y la misericordia hacia los pecadores, hacia los débiles. Jesús había inaugurado el reinado de Dios que se iniciaba con su venida, El había traído ya la salvación.

Pero después de la Resurrección, ante el hecho impactante de Jesús exaltado por el Padre, glorioso y presente en medio de los discípulos, los primeros cristianos, y así lo vemos en San Pablo, hablarán de que en la muerte de Cristo en Cruz está nuestra salvación. Era la manera de integrar el escándalo del Viernes Santo que había como “interrumpido” el camino de salvación iniciado por Jesús. El había iniciado el reinado de Dios, lo iba extendiendo con su palabra, había buscado discípulos para que fueran delante de El a los lugares a donde El iba a ir anunciando que el Reino está cerca, pero ese camino se interrumpe violentamente con su muerte de Cruz. Los discípulos quedan desconcertados, pero al tercer día el Maestro aparece resucitado, cubierto de gloria y los manda a predicar al mundo entero, a anunciar al mundo entero ese Reino de Dios. Entonces había que integrar en ese camino de salvación el escándalo de la Cruz. La Cruz no podía ser un accidente, un fracaso, la Resurrección no es el comienzo de una obra nueva, es la continuación de la extensión del Reino que Jesús comenzó.

Entonces ¿qué significado tenía esa muerte de Cruz, era necesaria, por qué se interpuso la muerte en el camino de Jesús, El la previó, fue algo querido por el Abba, por el Padre? Recuerden los textos evangélicos donde los discípulos dicen a la luz de la Resurrección, al ver a su Señor resucitado que ellos no habían comprendido lo que El decía cuando hablaba de que debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos no entendían, pues, que Jesús iba a pasar abruptamente por la muerte. Pero Jesús, que es verdadero Dios, pero que es también verdadero hombre, como hombre, ¿sabía que en su camino para implantar el Reino vendría su muerte, que sería “necesaria” su muerte? ¿Pudo Jesús concebir conjuntamente o entender incluso de manera coincidente la salvación por la llegada del reinado de Dios que El traía y la salvación por su propia muerte como mártir?

Recordemos que Jesús tenía una comprensión originalísima de su papel en la llegada del Reino, El traía ese Reino de Dios a la tierra, El inauguraba ese reinado de Dios. En esa comprensión muy original Jesús tenía una comprensión también originalísima de su propia muerte. La apertura fundamental adoptada por Jesús ante los decretos y designios del Padre no sólo se referían a la llegada del Reino, sino también a ese destino riesgoso que recaía sobre El y que se le fue haciendo cada vez más claro. Para Jesús la cuestión acerca del éxito o del fracaso en la proclamación de la llegada del Reino queda en suspenso, no era seguro que el pueblo de Israel iba a dejarse preparar para el Reino. La experiencia adquirida con la predicación del Bautista y con la predicación de El mismo no hablaba a favor de un éxito. Quedaba también en suspenso para Jesús la cuestión de hasta qué punto el reinado de Dios, en vista de la falta de arrepentimiento de su pueblo, no significaría para aquel pueblo un juicio con el cual las advertencias de Jesús más bien los amenazaban. Quedaba oscuro también en el corazón de Cristo lo que el Reino soberano de Dios, del Abba, significaría para su propio destino, si se lograría a pesar del propio fracaso de la predicación hecha por Jesús y por sus discípulos en Israel o si tal destino se lograría incluso por medio de ese fracaso de Jesús.

Pero Jesús sabe con seguridad que el Reino trae la salvación y que su destino es traerla, que esa salvación va a llegar del modo que sea. Se trata de la apertura de Jesús para el destino que el Padre le ha asignado para la llegada del Reino de Dios en cualquier forma, en lo cual parece que la posibilidad de la muerte como mártir estuvo ya calculada por Jesús desde el principio. Esa posibilidad pudo irse intensificando a medida que iba pasando el tiempo y adquiriría una gran probabilidad, hasta convertirse finalmente en una certeza moral en Jesús. Difícilmente se puede excluir la posibilidad de que Jesús hubiera entendido su muerte de mártir aguardada cada vez más claramente como el punto más hondo de su destino para la llegada del reinado de Dios. Cuando El, con su predicación del Reino en Israel tuvo poco éxito, y en cambio experimentó mucha frustración y al final fracasó en ello, tuvo que inquietarse pensando cómo haría Dios que su Reino llegase como salvación en esa “hora final” para el pueblo de Israel impenitente y para muchos, incluyendo a todos los hombres. Lo mismo que en el servicio de su vida, un servicio poco exitoso, el Reino de Dios podía concebirse, podrá concebirse también como presente, justamente fracasando en el servicio de su muerte. Por lo tanto, la muerte no es accidente que sale al paso de Jesús y corta su camino servicial, salvador, instaurador del Reino, sino que se vuelve un acto que da continuidad a esa vida de entrega de Jesús al servicio del Reino “hasta la muerte”. En ese “servicio de Jesús” la salvación de la última hora, del Reino que llega, se identifica con la salvación por medio del sacrificio, de la entrega de la vida. Jesús, viviendo y muriendo, anuncia que la salvación del reinado de Dios que El ha traído a los hombres se acerca.

Jesús, con su proclamación del Reino se vio enfrentado desde un principio con la maldad de muchos en Israel. Cuando Jesús proclamaba con énfasis la disposición de Dios para perdonar lo hacía con el sentimiento de hacerlo “a pesar de todo”, “sufriendo” ciertamente muchísimo por la impenitencia de Israel. Jesús sufrió ya en la búsqueda de los pecadores, en el trato con ellos. Jesús tuvo que ir conociendo con creciente claridad que ni por la oferta de la salvación, ni por la amenaza del juicio iba a conseguir un gran giro en las vidas de las gentes, ni tampoco en la aceptación del reinado de Dios. A aquellos que rechazan la enorme oferta de salvación hecha por Jesús, les son anunciadas al final las amenazas de Jesús.

Pero Jesús sabía que Dios y su propia misión eran mayores que aquel rechazo y además estaba dispuesto a cargar sobre sí mismo el juicio anunciado desde su propia profundidad preexistente y proexistente.

Preexistente quiere decir que Jesús es el Hijo eterno del Padre y como Palabra Eterna, como Verbo existe desde siempre. Esta profundidad del ser de Jesús le indicaba que al descender desde el seno del Padre hasta nosotros, Él debía cargar sobre sí mismo ese juicio anunciado por los profetas. Pero Jesús es también el proexistente, es decir, existe para los otros, sólo vive para los demás. Su vida es entrega, de modo que ese vivir en favor de, ese vivir para, se extiende ahora de manera proexistente a la muerte: “Yo no he venido para ser servido, sino para servir y para entregar mi vida” (Mc 10, 45). Dice Karl Rahner: “Es verdad y no necesita encubrirse: Jesús proclama el Reino de Dios y no se proclama a sí mismo. Este hombre, precisamente por esto, es el hombre puro por excelencia, porque, al pensar en Dios y en el hombre necesitado de salvación se olvida de sí mismo y únicamente existe en este acto de olvidarse”. También dice Schillebeeckx: “Jesús no se predica a sí mismo, sino que anuncia la llegada del Reino de Dios”.

Pero esto es una verdad hasta cierto punto, pues no se puede excluir que Jesús se viera conjuntamente a sí mismo y su propio destino en la proclamación del Reino, pues se sentía implicado, se sabía el portador de ese reinado para los hombres, aunque no lo hiciera explícitamente lo hacía implícitamente. Jesús vivía ya con “alma profundamente afligida” hasta la muerte, como lo ha dicho Marcos (14, 34), teniendo a la vista únicamente su destino que se había convertido ahora en destino de muerte, pero que era al mismo tiempo un destino preparado por el Padre. El sentimiento existencial fundamental de su alma era el “sí” obediente, su activa proexistencia, (su entrega), un ofrecimiento existencial, y esto con la esperanza de que el Padre reconociera el sentido salvador de su muerte suplicante. Así es como Jesús pudo esperar lleno de confianza que esa muerte obraría la salvación. Pudiera ser que en la hora de la muerte el conocimiento de cómo iba el Padre hacer de esa entrega suya la fuente de la salvación fuera un entender existencialmente oscuro, (pensemos en la oración del huerto). Cuando llegó la Resurrección se hizo más claro hasta qué punto habían fallado todos los cálculos salvadores tradicionales, porque el amor de entrega de Jesús hacia los pecadores hacía presente el amor de entrega de Dios Padre que se hacía cargo de todo pecado y lo superaba en el corazón de Jesús.

¿En qué sentido podemos atribuir a Jesús un “conocimiento” acerca de la significación salvífica de su muerte? Nos encontramos aquí de nuevo ante la psicología de Jesús, frente a la cual Romano Guardini nos hizo una advertencia: “Como algunos cristianos, Jesús tuvo que aceptar una tarea que Él sabía que al final iba a quedar sin terminar”. La conducta de Jesús abierta hacia el Padre no le podía de ningún modo facilitar un conocimiento absoluto acerca de la significación salvífica de su muerte, sino que le obligó a vivir con “posibilidades”.

Es un estrechamiento querer restringir la significación salvífica de la muerte de Jesús, partiendo de la idea del sacrificio, diciendo: Jesús toma nuestro lugar y sufre el juicio en lugar nuestro y así expía por nosotros nuestros pecados. Porque si hemos de entender la comprensión de Jesús de su propia muerte en el marco de su proclamación de la llegada del reinado de Dios, una proclamación peculiar suya y muy original que no tiene paralelos en la historia contemporánea y en la historia de las religiones, entonces debemos estar abiertos a la posibilidad de que Jesús haya entendido su muerte también de modo originalísimo en conexión también con la llegada de ese Reino y eso no puede calcularse en absoluto a base de esas concepciones tradicionales de expiación y muerte en lugar de nosotros ni de ninguno de los esquemas de pensamiento tradicionales, porque los supera a todos.

Cuando comienza a pensarse a partir de la “conciencia psicológica” de Jesús, hay que tener siempre suma prudencia, no podemos penetrar en la conciencia psicológica de Jesús y sólo podemos formular enunciados sobre la misma en la medida en que la conducta y las palabras de Jesús nos permitan sacar conclusiones. Así podemos decir que Jesús era precisamente “piadoso”, se dirigía a Dios invocándolo como Abba, era también “genial” de algún modo, por ejemplo, tenía una comprensión muy original del reinado de Dios y en algunos aspectos, por ejemplo, en lo que respecta a la Ley de Dios era también

asombrosamente abierto para interpretarla. Una conciencia psicológica de esta índole y conocida sólo por indicaciones, puede reunir en lo profundo muchas cosas que la lógica de los profesores no es capaz de racionalizar conjuntamente; en esa psicología de Jesús pueden surgir también conocimientos creativos y pueden irrumpir impulsos que no necesitan derivarse de ninguna historia de la época, ni de ninguna historia de las religiones. Sobre todo la conciencia psicológica de saber que El era el “absoluto salvador de los últimos tiempos”, tendría que romper necesariamente todos los esquemas acerca de los sacrificios expiatorios y poseer una profundidad muy original.

Así tenemos que la idea “escatológica del Reino” domina ya el pensamiento que Jesús tiene del sufrimiento. La realización de ese Reino de Dios que llegará plenamente al final estaría vinculada con la muerte de Jesús. Walter Kasper nos dice: “la muerte de Jesús está vinculada a la venida del Reino de Dios... los apuros, las tribulaciones del sufrimiento y la persecución son para Jesús parte de la figura humillada y oculta del Reino de Dios, encajando también, por tanto, en la línea general de su predicación. De esta forma, desde el mensaje de Jesús sobre la llegada del Reino en esta hora final, un camino bastante recto conduce hasta el misterio de su Pasión. Esta muerte es la figura, el modo de realización del Reino de Dios en las condiciones nuestras por medio de la impotencia humana, de la riqueza mediante la pobreza, del amor en medio del abandono, de la plenitud en el vacío, de la vida a través de la muerte”. Si no queremos afirmar que El se engañó profundamente, entonces habrá que admitir que Jesús tuvo la conciencia de que en su propio e incomparable camino El llegaba hasta el final de la historia en su totalidad, hasta aquel lugar donde se adoptó la decisión sobre el sentido global del acontecer del mundo. (Ese lugar es la Cruz).

Si hacemos comparaciones, Jesús no es ni maestro ni legislador, ni mucho menos revolucionario social, ni el ídolo de la humanidad que han pretendido algunos más recientemente. De ellos se diferencia Jesús de manera tan radical como su entrega se diferencia de aquéllas con las que ese tipo de personas han contribuido al bienestar de la humanidad, porque Jesús dio lo que nadie antes que El y nadie fuera de El sería capaz de dar: se dio a sí mismo con el radicalismo de su propia entrega que le arrancó del anclarse en su propia individualidad y le hizo ser don para muchos, se dio a sí mismo en la espontaneidad de la entrega que le hizo encontrar su ser más profundo no en actos especiales, sino en un solo acto: darse a sí mismo por nosotros”.

La especial autoridad y posición de Jesús hay que tenerla también en cuenta a la hora de comprender su fracaso, su muerte. ¿Qué clase de muerte es la que acepta sobre sí ese “representante del Reino de Dios”, no un predicador de amenazas, sino un mensajero de buenas nuevas, que en su fracaso se halla firme, a pesar de todo, en su oferta de salvación? Jesús vio venir sobre sí su propia muerte, El sale decididamente al encuentro de su muerte, la acepta como la inevitable consecuencia a la fidelidad a su misión y como una muerte que ha sido impuesta por Dios.

Pero cabe además preguntarse si Jesús interpretó ya claramente su muerte como un sacrificio expiatorio a favor del mundo o la contempló sólo como un acto necesario de obediencia exigido por la voluntad del Padre. Todo depende del modo en que concibamos el sacrificio expiatorio. Este no debe ser malinterpretado como el “hacer cambiar de manera de sentir a un Dios encolerizado”. Pero además hay que entender también que en la muerte de Jesús la voluntad clemente de Dios Padre se manifiesta históricamente como victoriosa e irreversible y por medio de eso hace acto de presencia en el mundo. Además de esto hay que añadir la entrega intercesora, activa de Jesús que está consciente del castigo del pecado de los hombres y que tomaría el lugar de ellos. Esa es la acción de Jesús que interviene conscientemente de manera proexistente y en lugar de nosotros; la que hace que el acontecer de gracia que se manifiesta en la Cruz llegue a ser un acto de expiación por nuestros pecados. “Murió tal y como había vivido”, este dicho tan popular es legítimo aplicarlo a Jesús diciendo que Jesús ha vivido entregado al Reino, entregado a nosotros y por lo tanto no aceptó pasivamente su propia muerte, sino que yendo a Jerusalén se entregó por nosotros: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros... ésta es mi sangre derramada por vosotros y por la multitud”.

Toda la vida pública de Jesús no fue sólo promesa de salvación, sino oferta concreta y actual de salvación. El no se limita a hablar de Dios y de su Reino y de que seremos perdonados cuando venga el juicio de Dios. Donde Jesús aparece lleva salvación y se realiza la acción soberana de Dios: él cura, él sana, él perdona, él resucita a los muertos. La aceptación activa de su muerte y del rechazo de él que han hecho los de su pueblo sólo se comprende incluyéndola en su misión de ofrecer la salvación a los hombres y así la muerte no es un obstáculo aceptado muy a pesar suyo, sino que Jesús integra su muerte en su misión de ofrecer la salvación. Ahora bien, hay que entender bien lo que es la expiación en Jesús. Cuando los hebreos ofrecían un animal en sustitución de un primogénito, o como ofrenda por los pecados personales o del pueblo, y ese animal era sacrificado, tomaba el lugar de las personas que ofrecían el sacrificio. Cada uno podría decir, este sacrificio es en sustitución mía, de mí que he merecido la muerte. Pero la muerte sacrificial de Jesús es la de un ser humano que se ofrece a sí mismo en sustitución nuestra y suplicando por nosotros, pero además no es un simple hombre quien se ofrece a sí mismo en sustitución de nosotros, sino el “salvador absoluto llegado en los últimos tiempos”. Es así como pudo tener Jesús su originalísima comprensión de su muerte. El que había hecho de toda su vida una entrega, El, para quien vivir fue proexistir, es decir, existir para los demás, hizo, como salvador absoluto, de su muerte una entrega.

Podemos suponer que Jesús, teniendo a la vista su muerte, pudo contar seriamente con su resurrección. La pretensión de inaudita autoridad que se escuchaba en sus palabras y en sus acciones durante su vida estaba justificada y quedaba demostrado que su ejecución era la muerte violenta de un justo. Por este motivo el tema acerca del justo que sufre y que va a ser glorificado podía proporcionar una confianza en la intervención de Dios que exalta siempre al justo. Este es un tema bíblico frecuente. A pesar de que Jesús no se designe como el Mesías exaltado o como el exaltado a la condición de “Hijo del Hombre”, hay que atribuirle, sin embargo, a Jesús, una expectación, quizás no expresada, de que sería exaltado a una posición de salvador glorioso. Implícitamente podemos hallar expresado que Jesús esperó que El, por medio de su muerte, iba a ser exaltado como el salvador de los últimos tiempos.

Nuestras catequesis nos han llevado a ver a Jesús en su realidad profunda, respondiendo a nuestra pregunta sobre quién es El. Y lo hemos conocido como el Hijo del Abba, del Padre, aquel que trae el Reino de Dios y que tiene como destino dado por el Padre vivir y actuar para establecer ese Reino de Dios; El es el último enviado de Dios, El no es el último profeta, éste era Juan el Bautista, El es la definitiva y última oportunidad de salvación para los hombres. Con Jesús ha llegado la última hora de la historia humana, con Jesús se inicia el reinado de Dios. Es necesario creer en El, en su persona, adherir a El sirviendo y amando como El, que es el amor encarnado, y reconciliados con Dios y con nuestro prójimo, actuando también en el mundo los discípulos de Jesús como reconciliadores y testigos del amor. A instaurar el reinado de Dios, a iniciar con su palabra y con su acción ese reinado ha venido Jesús, su existencia es una proexistencia, es decir, El vive para ese destino de traer el Reino que el Padre le ha asignado. En su empeño por anunciar el Reino encuentra el fracaso, el sufrimiento, la muerte, pero El integra todo esto en la dinámica del Reino de Dios que no llega a pesar del rechazo, a pesar del fracaso, sino a través del rechazo, por medio del fracaso y en último término por medio de su propia muerte. Su proexistencia lo llevó a vivir para nosotros y a morir por nosotros, y su muerte es una muerte sacrificial y vicaria, es decir, es el sacrificio del enviado de Dios en los últimos tiempos, del justo, del santo de Dios por nosotros, ofrecido por el mismo Jesús, tomando nuestro lugar, en entrega total de amor al Padre y a nosotros. A la pregunta ¿Quién es Jesús? A la luz de su muerte en Cruz podemos responder también: Jesús es el salvador, el redentor.